

dad; y por otro Mr. de Bubna iba á franquearse con Napoleón, á tranquilizarle con respecto á la modicidad de la oferta que oficialmente se le hacía, á ver si podía reducirle á que prefiriese las concesiones hechas en Galitzia á los territorios que pedía en Alemania é Italia; cosa que deseaba mucho el Austria por lo poco satisfecha que había quedado de la fidelidad de la Galitzia, y para arrojar la manzana de la discordia entre Francia y Rusia. Debía por último Mr. de Bubna insinuarle que no tenía una idea cabal del carácter de Mr. Stadion, que con este ministro sería la paz más pronta y más segura, y más aceptable al emperador Francisco, á pesar de sus duras condiciones.

Mr. de Bubna salió para el cuartel general de Napoleón el 7 de septiembre, mientras se hallaba éste visitando sus campamentos. Recibióle á su regreso, le oyó con la afabilidad y agasajo de que hacía alarde siempre que se apelaba á sus buenos sentimientos, y se expresó con una franqueza que hasta hubiera podido parecer imprudente si su posición no le eximiera de todo disimulo diplomático. Quejóse Mr. de Bubna de la pesadez de la negociación, de las exigencias de la Francia, echó la culpa de todo á Metternich que en su opinión conducía mal las conferencias, invocó en seguida la generosidad del vencedor y reprodujo el alegato favorito de los austriacos, reducido á que nada ganaba Napoleón con engrandecer á Sajonia y Baviera ni con apropiarse un puerto ó dos en el Adriático: que más le convenía aumentar la nueva Polonia, entenderse con el Austria, adherirsela, y reconciliarse con Mr. de Stadion que había ya depuesto sus belicosos proyectos. Estimulado Napoleón por Mr. Bubna, se dejó arrastrar y le descubrió todo su plan con una sinceridad tanto más hábil en el fondo, por cuanto parecía ser efecto de una seducción involuntaria (1). «Tiene usted razón, le dijo, no hemos de atenernos á lo que hagan nuestros diplomáticos. Ellos hacen su oficio perdiendo el tiempo y pidiendo más de lo que nosotros mismos queremos. Si el Austria se resuelve á proceder conmigo con franqueza, en cuarenta y ocho horas lo concluiremos todo. Ciertamente no tengo grande interés en proporcionar un millón de habitantes más á la Sajonia y á la Baviera. ¿Quiere usted saber mi verdadero interés? Helo aquí: destruir la monarquía austriaca separando las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría, ó granjearme su adhesión por medio de una alianza íntima. Para separar las tres coronas tendríamos que seguir batiéndonos, y aunque esto era tal vez lo que me convenía, aseguro á usted que no lo deseo. Prefiero el segundo proyecto. Pero ¿cómo esperar de su soberano de usted una alianza íntima? El emperador tiene sin duda buenas cualidades; pero es débil, le dominan los que le rodean y hará de él lo que quiera Mr. de Stadion, á quien arrastra á su vez su hermano cuya animosidad y violencia todos conocen. Habría en verdad un medio seguro de conseguir una alianza sincera y completa, y por la cual daría yo todo lo que diré á usted: ese medio sería hacer abdicar la corona al emperador Francisco en las sienes de su hermano el gran duque de Wurzburg. Este es un príncipe verdaderamente ilustrado, juicioso,

(1) En los archivos imperiales se conservan varios documentos relativos á este coloquio, referido por el mismo Napoleón y por Mr. de Bubna. (N. del A.)

que me estima y á quien yo estimo, que no abriga rancias preocupaciones contra la Francia y que no se dejará guiar ni por los Stadios ni por los ingleses. ¿Sabe usted lo que haría yo por él? Nada menos que retirarme inmediatamente sin pedir una sola provincia ni un solo escudo á pesar de lo mucho que me cuesta esta guerra; y aun tal vez haría más, tal vez restituiría al Austria el Tirol, tan difícil de conservar para la Baviera. Pero por muy ventajosas que sean tales condiciones, ¿cómo puedo yo entablar una negociación semejante, ni exigir el destronamiento de un príncipe y la sustitución de otro? No puedo hacerlo.» Pronunció Napoleón estas últimas palabras dirigiendo á Mr. de Bubna una mirada escrutadora y penetrante, y el austriaco se apresuró á responderle, aunque con el sentimiento propio de un súbdito leal, que el emperador Francisco era tan amante de su familia, que bastaría que creyese aquello para que inmediatamente abdicase, prefiriendo asegurar la integridad del imperio á sus sucesores á conservar la corona en sus sienes. «Pues entonces, repuso Napoleón con manifiesta credulidad, yo le autorizo á usted á anunciar que estoy pronto á restituir al punto todo el imperio y aun algo más, si el emperador Francisco, que tantas veces ha dicho estar cansado del trono, quiere cedérselo á su hermano. Los miramientos debidos entre soberanos me impiden hacer proposiciones en este asunto, pero le empeño á usted mi palabra de que cumpliré lo ofrecido si llega á realizarse esa suposición. No creo, sin embargo, que se allane á tamaño sacrificio, añadió Napoleón. En este caso, no queriendo por una parte separar las tres coronas por medio de la prosecución de la guerra, y no pudiendo por otra asegurarme la alianza del Austria con la transmisión de la corona al duque de Wurzburg, me veré en la precisión de hacer triunfar el interés de la Francia en la presente negociación. No tengo interés en conseguir territorios en Galitzia; tampoco en Bohemia; en Austria ya es distinto, puesto que lo que se busca es alejar nuestras fronteras. Pero el principal interés de la Francia está en Italia, como único medio de tener expedita una anchurosa vía por el litoral del Adriático hacia la Turquía. Nuestra influencia en el Mediterráneo depende de la influencia que logremos sobre la Puerta, y sólo puedo asegurarme ésta haciéndome vecino del imperio turco. Con impedirme desbaratar á los ingleses siempre que iba á lograrlo y con obligarme cuando estaba en el Océano á revolver con mis fuerzas sobre el continente, su soberano de usted me ha puesto en el caso de buscar una vía terrestre en vez de la vía marítima para dilatar mi influencia hasta Constantinopla. No me acuerdo, pues, de mis aliados, sino sólo de mí y de mi imperio, al exigir de ustedes territorios en la Iliria. Sin embargo, prosiguió Napoleón, cedamos unos y otros un poco para ponernos de acuerdo. Voy á hacer otro sacrificio en favor de su soberano de usted. Renuncio á la base del *uti possidetis*, que aún no había renunciado formalmente, y no volvamos á hablar de ella. Renuncio también á los tres círculos que había reclamado en Bohemia. Había además exigido el Austria superior hasta el Ens, y abandono el Ens, y aun el Traun, y por último restituyo á Lintz. Busquemos una línea que dejándoles á ustedes en la posesión de Lintz no les ponga bajo los muros de Passau, como se encuentran ahora. Renunciaré en Italia á una parte de

la Carintia, conservaré á Villach y les devolveré á ustedes á Clagenfurth. Pero me quedaré con la Carniola y con la orilla izquierda del Save hasta la Bosnia. Les pedí á ustedes dos millones seiscientos mil súbditos en Alemania; ya no pido más que un millón seiscientos mil. Queda la Galitzia; necesito en ella redondear el gran ducado, hacer algo por mi aliado el emperador de Rusia, y me parece que tanto ustedes como nosotros debemos proceder en este punto con liberalidad por lo poco que nos interesan aquellos territorios. Si quiere usted que volvamos á vernos dentro de dos días, dijo por último Napoleón, acabaremos en pocas horas, é inmediatamente desocuparé á Viena; al paso que si dejamos á nuestros diplomáticos discutir en Altemburgo, no acabarán nunca, y por último nos llevarán otra vez adonde nos degollemos.» Después de este largo y amistoso coloquio, durante el cual llevó Napoleón la familiaridad hasta el punto de tirarle á Mr. Bubna de los bigotes (1), hizo á éste un magnífico regalo, y le despachó dejándole seducido, lleno de agradecimiento y dispuesto á abogar en Dotis por la causa de la paz inmediata, comprada con sacrificios mayores que los que se habían otorgado al principio.

Para regresar á Dotis había que volver á pasar por Altemburgo, y Mr. de Bubna, que por su profesión pertenecía naturalmente al partido de los militares y no al de los diplomáticos, refirió allí lo que acababa de decirle Napoleón concerniente á las dos legaciones, y las burlas que de una y otra había hecho, lo cual mortificó á la legación austriaca y acabó de confirmar á la corte en la idea de no volver á echar mano de diplomáticos y de seguir negociando por medio de militares.

Puso Mr. de Bubna el mayor empeño en tranquilizar al emperador Francisco con respecto á las intenciones de Napoleón y su deseo de evacuar el Austria, y particularmente la capital, en cuanto se firmase la paz. Al hablarle de la parte concerniente á la abdicación lo hizo con todas las contemplaciones que semejante anuncio exigía, y como si se tratara de un ofrecimiento no formal y de poca importancia. Con respecto á las nuevas condiciones obtenidas, no le fué fácil hacérselas admitir, por cuanto la legación de Altemburgo insistía en que eran desastrosas, y por otra parte el emperador Francisco, adormecido en sus ilusiones por los que le rodeaban, no se podía imaginar que para tener paz fuese menester abandonar sus más ricas provincias, especialmente los puertos del Adriático, única parte marítima del territorio austriaco. Habíase acostumbrado este príncipe á la idea de que con el Salzburgo y la parte de Galitzia recientemente desmembrada de la Polonia podría cubrir los gastos de la guerra, añadiendo cuando más alguna suma en dinero; y de tal manera se había persuadido de que esto sería lo más que tendría que sacrificar, que no podía hacer aprecio de lo que Mr. de Bubna le venía proponiendo. Sin embargo, era menester tomar un partido, y ceder ó combatir, y se resolvió que el mismo Bubna volviese á Napoleón con otra carta del emperador de Austria, dándole las gracias por sus pacíficas disposiciones, pero diciéndole que las concesiones que ha-

(1) Esta circunstancia, indigna de la historia si no contribuyese á pintar el carácter de Napoleón, y su conversación mezclada de astucia, franqueza y seducción, ha sido referida por el mismo Mr. de Bubna. (N. del A.)

bía hecho eran casi nulas y pidiéndole hiciese otras que facilitarían la pacificación.

Mr. de Bubna había vuelto á Dotis el 15 de septiembre, y el 21 regresó á Schöenbrunn con la carta del emperador Francisco. Al recibirle Napoleón no pudo contener su impaciencia, se enojó contra los que pintaban al emperador Francisco la situación de una manera tan falsa, y dijo que ni unos ni otros sabían siquiera la geografía de Austria. «No había yo aún renunciado, exclamó, á la base del *uti possidetis*, y renuncié á ella por condescender con vuestro emperador; había reclamado una población de cuatrocientas mil almas en Bohemia, y desisté de mi reclamación; quería ochocientas mil almas en el Austria superior y me contenté con cuatrocientas mil; pedí un millón cuatrocientas mil almas en Carintia y la Carniola, y abandoné á Clagenfurth, lo cual era un nuevo sacrificio de doscientas mil almas; restituyo, pues, á vuestro soberano una población de un millón de súbditos, ¡y me dice que nada le he concedido! Me quedo con lo puramente necesario para alejar al enemigo de Passau y del Inn, con lo estrictamente preciso para establecer entre Italia y Dalmacia una contigüidad de territorio, ¡y le dicen, sin embargo, que no he cedido en ninguna de mis pretensiones! ¡Así se lo hacen ver todo al emperador Francisco! ¡Engañándole de esta manera le han conducido á la guerra, y acabarán por arrastrarle á su perdición!» Retuvo Napoleón consigo hasta muy tarde á Mr. de Bubna, y bajo el influjo de su enojo dictó para el emperador de Austria una carta sumamente amarga y decisiva; pero cuando se serenó no quiso entregársela al enviado austriaco (2), dándole por excusa que entre soberanos no estaba bien escribir para decirse palabras injuriosas y echarse en cara el *no saber lo que se decía*. Hizo llamar á Mr. de Bubna, repitió en su presencia cuanto había dicho el día antes, declaró nuevamente que sus últimas proposiciones eran su *ultimátum*, que fuera de su límite estaba la guerra, que la estación estaba ya adelantada, que quería hacer una campaña de otoño; que se le respondiese, pues, cuanto antes, sin lo cual daría por terminada la tregua; que cediendo á su primer ímpetu había escrito una carta que no habría agradado al emperador, que había decidido no mandársela por no mortificarle, pero que encargaba á Mr. de Bubna llevase á Dotis la noticia de todo lo que había oído y volviese lo más pronto posible con una respuesta definitiva.

Pero lo que no quiso escribir directamente al emperador se lo envió á decir á los negociadores de Altemburgo, dirigiéndoles por medio de Mr. de Champigny

(2) La siguiente carta dirigida á Mr. de Maret expresa perfectamente lo que le pasó en esta ocasión:

«Schöenbrunn, 23 de septiembre de 1809.

»Es adjunta una respuesta al emperador, que entregará usted al general Bubna. Envío á usted la copia para que se la lea, diciéndole que había ya escrito una carta de tres páginas, pero que por contener especies que pudieran haber desagradado al emperador he resuelto no mandársela. En efecto, no sienta bien á mi dignidad decir á un príncipe: usted no sabe lo que se dice; y esto era cabalmente lo que yo no podía menos de decirle, puesto que su carta está basada en una falsedad.

»NAPOLEÓN.» (N. del A.)

una nota llena de vehemencia en que desahogaba todo el resentimiento que no había querido demostrar al emperador (1). Esta controversia produjo en él un cambio

(1) Esta nota, que reproduciremos, expresa perfectamente el estado de la negociación:

A Mr. de Champagny.

«Schonbrunn, 22 de septiembre de 1809, á mediodía.

»Recibo su carta de usted del 21, con el protocolo de la sesión del mismo día. Su respuesta de usted carece en mi juicio del tono de superioridad que debe tener todo lo nuestro. Es preciso dejar para ellos las nimiedades y las simplezas. Además su respuesta de usted no llena mi objeto; es preciso extender otra en los términos de la nota adjunta.

»P. D. Corregirá usted los muchos defectos de estilo que hay en esta nota, escrita de primera intención.

»NAPOLEÓN.»

NOTA

»El que subscribe ha transmitido á su soberano el emperador el protocolo de la sesión del 21, y ha recibido la orden de dar la siguiente contestación á las observaciones de los plenipotenciarios austriacos.

»Las bases contenidas en el protocolo del... son el *ultimátum* del emperador, del cual no puede ya separarse. Al repartir entre la frontera del Inn y la frontera de Italia la población de un millón seiscientos mil almas que la Francia reclama, S. M. ha creído que hacía un favor al Austria por dejarla en completa libertad de arreglar las delimitaciones según las diferentes localidades y su conveniencia. Pero es achaque particular de estas negociaciones, que todo cuanto se hace en beneficio del Austria y para aligerar los sacrificios que tiene que hacer, se interprete en sentido opuesto, ya porque los plenipotenciarios austriacos no quieren tomarse el trabajo de meditarlo, ya porque estén resueltos á agarrarse á todo lo que puede entorpecer la negociación.

»Así pues, S. M. ha hecho más favor al Austria pidiéndole en globo una población de un millón seiscientos mil almas en las fronteras del Inn y de la Italia, para que la distribuya según mejor parezca á los plenipotenciarios austriacos, que si hubiera desde luego hecho de por sí la distribución exponiéndose á atropellar los intereses del Austria.

»No es menos chocante el aserto de los plenipotenciarios austriacos suponiendo que apenas hay una población de un millón seiscientos mil almas entre Salzburgo, el Austria superior, la Carintia, la Carniola, el litoral y la parte de la Croacia que cae al Mediodía del Save. Con esta maliciosa interpretación se quiere hacer creer al emperador Francisco que el emperador Napoleón no le hace concesión alguna, que la confianza que en él ha puesto no le ha servido sino para perjudicarse más; con lo cual patentizan su mala fe los ministros que dirigen los negocios. Salzburgo, el Austria superior, la Carintia, la Carniola y la Croacia, desde la margen del Save, forman una población de dos millones doscientos mil habitantes, y los círculos de Bohemia comprenden cuatrocientos mil. Era, pues, una población de dos millones seiscientos mil almas la que se pedía al principio tomando por base el *uti possidetis*. S. M. ha hecho de golpe inmensas concesiones, ha renunciado á aquella base y ha declarado que se contentaba con un millón seiscientos mil habitantes rebajando por consiguiente un millón de almas. Ha declarado además S. M. que esta población de un millón seiscientos mil habitantes se repartiría según quisiesen los plenipotenciarios austriacos entre las fronteras del Inn y de Italia, lo que equivale á decir (ya que por fin es preciso explicarse y ya que los plenipotenciarios austriacos, al quejarse de que la negociación no adelanta un paso, se empeñan en no quererlo entender) que S. M. se contentaba con cuatrocientas mil almas en el Inn, habiendo primero pedido ochocientas mil; que se satisfacía con un millón doscientos mil habitantes en la frontera de Italia, habiendo primero reclamado un millón cuatrocientos mil; y en suma, que hacía S. M. una concesión de seiscientos mil almas, además de renunciar á las cuatrocientas mil de los círculos de Bohemia.

»Con exigir solamente cuatrocientos mil habitantes en el Inn en

completo, y aunque consideraba que unas cuantas leguas de territorio y unos cuantos miles de súbditos más ó menos no merecían una nueva guerra, la idea de todas las antipatías que echaba de ver en la corte de Austria se reproducía enérgicamente en su fantasía, y la resolución de acabar con aquella potencia iba renaciendo en su ánimo por grados, á tal punto que llegó á dictar órdenes terminantes para romper otra vez las hostilidades. Su ejército había ido aumentándose diariamente desde el principio de las negociaciones. Su infantería estaba completa, descansada y más rozagante que nunca. Toda su caballería estaba remontada. Tenía quinientos cañones con sus correspondientes tiros, y otros trescientos perfectamente servidos en las fortificaciones de las plazas austriacas que ocupaba. Había reforzado el cuerpo de Junot en Sajonia, y quería reunirle en Bohemia con Massena y Lefebvre, con lo cual iba á juntar en esta provincia un ejército de ochenta mil hombres. Propinóse con los cuerpos de Davout y de Oudinot ampliamente reforzados, con la guardia que contaba en la actualidad veinte mil hombres y con el ejército de Italia que formaban entre todos unos ciento cincuenta mil combatientes, asomar por Presburgo, donde había llevado á cabo grandes obras de fortificación, entrar en Hungría y dar allí los últimos golpes á la casa de Austria. Había invertido los materiales de la isla de Lobau en formar cuatro armazones de puente para atravesar toda clase de corrientes que intentaran poner por medio los austriacos. Había acabado de poner en estado de defensa á Passau, Lintz, Molck, Kremis, Viena, Brünn, Raab, Gratz y Clagenfurth, con lo que tenía en la yema misma de la monarquía una base formidable. Además, aunque los ingleses no tenían más que una garnición en Walcheren, había mandado acabar de organizar el ejército de Flandes juntando en divisiones las medias brigadas allí reunidas, completando los tiros de la artillería y reduciendo los guardias nacionales sólo á los voluntarios. Por último extendió un decreto imponiendo sobre las antiguas descripciones (nuevo recurso de que echaba mano) otra contribución de treinta y seis mil

vez de ochocientos mil, recobra el Austria la frontera del Ens, la del Traun, la ciudad de Lintz y la mayor parte del Austria superior; y con pedir sólo un millón doscientos mil habitantes por la parte de Italia, renuncia S. M. al círculo de Clagenfurth.

»Bien habrían podido comprender esto los plenipotenciarios austriacos si hubieran deseado facilitar la negociación y entenderse, en vez de agriar y exacerbar la discusión. Esos negociadores están continuamente amenazándonos con la renovación de las hostilidades: lenguaje que nada tiene de pacífico; pero el tiempo dirá, como lo tiene ya acreditado la experiencia, para quién puede ser la guerra más funesta. En ninguna negociación se desplegó jamás menos habilidad, ni hubo menos espíritu de conciliación. Diríase que están trocados los papeles. Los plenipotenciarios austriacos, sólo ellos, son los que merecen la reconvencción de no adelantar un paso, de entorpecerlo todo, de incurrir continuamente en la descortesía de acusar á los plenipotenciarios franceses de tener siempre la fécula levantada y la amenaza en los labios. Esto es lo que cualquier hombre imparcial verá en los protocolos, y las naciones pundonorosas se avergonzarán y gemirán de ver sus asuntos tratados de una manera tan singular.

»Sólo le resta al que subscribe reiterar que la proposición hecha por S. M. el emperador, su soberano, comprende una cesión de un millón seiscientos mil almas, según nuevamente se explica en la presente nota: que la intención de S. M. es mantener á los plenipotenciarios austriacos en la facultad de repartir dicha población entre las mencionadas fronteras según crean más conveniente.»

(N. del A.)

hombres, que debían ingresar en los cuartos batallones enviados á Francia. Con estos treinta y seis mil reclutas, todos de veintinueve á veinticinco años, tendría una buena reserva si la guerra continuaba, ó reforzaría el ejército de España si se firmaba la paz. Mandó por lo tanto al archicanciller Cambaceres que presentase inmediatamente este decreto al senado para que le votase antes de terminar las negociaciones.

Al frente de tan imponentes fuerzas esperó Napoleón la respuesta de Dotis, igualmente dispuesto á la paz y á la guerra por la mala fe que había creído descubrir en la corte del Austria. Previendo la renovación de las hostilidades, visitó hacia Hungría y hacia la Estiria las posiciones que aún no había recorrido y que deseaba ver por sus propios ojos por si había que dirigir en aquellas regiones operaciones ulteriores.

De regreso Mr. de Budna en Dotis por la segunda vez, era ya indispensable tomar un partido y decidirse ó á luchar nuevamente ó á hacer los sacrificios que pedía Napoleón. La exasperación que en él se advirtió, y que tan injustamente recaía sobre la legación de Altemburgo, que en último resultado quería la paz aunque se quejase de las concesiones obtenidas por Mr. de Bubna, hacía ya imposible dejar en manos de Metternich y de Nugent la continuación de las negociaciones, por lo cual se pensó agregar al general negociador el príncipe Juan de Liechtenstein, militar valiente, de poca cabeza pero de mucho corazón, que había sabido granjearse las simpatías de Napoleón con su carácter franco y marcial. Fueron enviados los dos á Schonbrunn pasando por Altemburgo con poderes para aceptar las principales bases propuestas por Napoleón; pero encargándoles muy particularmente que se opusiesen á los sacrificios que aquél reclamaba en el Austria superior, á las contribuciones de guerra, petición que se tenía ya prevista, y por último á todos los pormenores del tratado, de modo que éste fuese lo menos desventajoso posible.

Como esta legación, enteramente militar, dejaba reducida á una verdadera nulidad á la legación de Altemburgo, no quiso Metternich prolongar más tiempo su estancia en un lugar donde los plenipotenciarios no serían más que para disfrazar la negociación real y positiva que iba á agitarse en Viena, y se volvió á Dotis poco satisfecho del papel que Mr. de Stadion ó el emperador le hacían representar en aquellas circunstancias. No sabía que muy pronto iba á ser indemnizado entrando á dirigir por cuarenta años consecutivos los negocios del imperio austriaco. Preveía que los militares, tan buenos para hacer cara en el campo de batalla como ineptos para conducir una negociación, serían en breve vencidos por Napoleón, y así les previno se mantuviesen muy en guardia; pero con esto más bien consiguió acobardarlos que fortalecerlos contra el ascendiente de Napoleón. Por otra parte, para él era mucho mejor que cargasen solos con la responsabilidad de los costosos sacrificios que era forzoso hacer, aun después de haberse batido como valientes, los mismos militares que habían tenido la gloria de figurar en Essling y Wagram (gloria verdadera, ya hubiesen salido de aquellas jornadas vencidos ó vencedores), y esta consideración hizo que cuando el príncipe de Liechtenstein, asustado con sus consejos y advertencias titubeó sobre si iría ó no á Schonbrunn, Metternich le animase y le decidiera á partir.

Llegaron Liechtenstein y Bubna á Schonbrunn el 27 de septiembre, y fueron perfectamente recibidos por Napoleón y colmados de atenciones. Ya el príncipe austriaco, sin haber pedido nada, había recibido del emperador francés los más lisonjeros agasajos: habíanse dado órdenes para que fueran respetadas sus haciendas en las cercanías de Viena y para que en sus palacios no se alojase un solo soldado. Dejaron conocer á Napoleón los dos plenipotenciarios que iban autorizados para aceptar sus principales condiciones, á excepción de algunos pormenores á los cuales tenían encargo de oponerse: con que viéndose el francés dueño, y reconociendo que todo pendía ya de pequeñas diferencias en millas cuadradas, en población y en millones, para ahorrarse gastos inútiles mandó al ministro de la Guerra suspender todos los movimientos de tropas hacia el Austria, que habían vuelto á empezar desde que cesó la alarma por la expedición de Walcheren (1).

El 30, después de haber llevado á los negociadores al teatro y de haberlos colmado de consideraciones, los obligó á encerrarse en su gabinete y fijó con ellos las principales bases del tratado. En cuanto á la Italia, la conformidad era completa: dábanos por un lado el círculo de Villach quitando el de Clagenfurth, con lo que se franqueaban los Alpes Nóricos; por otro lado la ciudad de Laybach y la orilla derecha del Save hasta Bosnia. Por el lado de Baviera quiso primero Napoleón por límite el Ens y luego el Traun, y además renunció á varias porciones de territorio y á unos cuantos súbditos para facilitar la negociación. Consintió en que se tirara una línea entre Passau y Lintz, arrancando del Danubio en las cercanías de Efferding, y dejando por consiguiente alrededor de Lintz un pequeño territorio, dirigiéndose luego á Schwanstadt, desviándose en este punto del territorio de Gmünd y uniéndose finalmente por el lago Kommer-See con el país de Salzburgo que se cedía á la Baviera. Por el lado de Bohemia se contentó con los dominios que el Austria tenía enclavados en Sajonia á las puertas de Dresde y cuya población no llegaba á cincuenta mil almas. Por último, en vez de la población de un millón seiscientos mil súbditos que había reclamado en Italia y en Austria, ya no reclamaba Napoleón más que un millón cuatrocientas mil ó un millón quinientas mil almas.

En Galitzia eran más las dificultades, por lo mismo

(1) Citaremos la siguiente carta que revela admirablemente las impresiones de Napoleón después de haber visto al príncipe Juan de Liechtenstein.

Al ministro de la Guerra.

«Schonbrunn, 27 de septiembre de 1809.

»Me apresuro á comunicar á usted que por fin la corte de Dotis parece admitir mis bases.

»Acaba de llegar aquí el príncipe de Liechtenstein, y es posible que se firme la paz dentro de pocos días. Deseo que esto no se trasluzca. Sólo á usted se lo digo para que, si hay tropas en marcha para el ejército, pueda usted dar contraorden, como por ejemplo á la caballería que estaba en el Norte y que mandó pasar á Hannover. Puede usted dirigirla á París y lo mismo lo que haya en los depósitos, porque me propongo enviar todos esos refuerzos á España para acabar pronto por aquel lado.

»Si hubiese convoyes de municiones, deténgalos usted en los puntos donde se encuentren.

»NAPOLEÓN.» (N. del A.)

que Napoleón se había abstenido hasta entonces de fijar una proposición con respecto á esta provincia por causa de la Rusia. Componíase de la antigua Galitzia, que el Austria había obtenido para sí cuando la primera repartición de las provincias polacas, y que ceñía toda la parte Norte de Hungría; y de la Galitzia nueva, incorporada al mismo imperio en la última repartición, y que bajaba por las dos orillas del Vístula hasta las puertas de Varsovia. Comprendía ésta por una parte toda la tierra que se extiende entre el Bug y el Vístula, y por otra los países situados entre el Vístula y el Pilica. Había querido Napoleón que se le cediese por un lado toda la nueva Galitzia para redondear el gran ducado de Varsovia y además los círculos en derredor de Cracovia con que formar un territorio para esta antigua metrópoli, y por otro lado los tres círculos de Solkiew, Lemberg y Zloczow, hacia la parte oriental, con objeto de hacer á la Rusia un donativo que la consolase del engrandecimiento del gran ducado de Varsovia. Pedía con esto que se le cediesen dos millones cuatrocientas mil almas de los cuatro millones ochocientos mil que componían la población de ambas Galitzias reunidas. Pero también en este punto bajó Napoleón unas cuatrocientas ó quinientas mil almas para facilitar la negociación, y no exigió más que la nueva Galitzia del Vístula al Pilica á la izquierda, del Vístula al Bug á la derecha y el círculo de Zamosc con un distrito menor en torno de Cracovia, pero dejando á los polacos el territorio en que estaban las salinas de Wieliczka. Renunció finalmente al círculo de Lemberg, y se contentó con los círculos de Solkiew y Zloczow para la Rusia, con lo que todas sus pretensiones en Galitzia se reducían á una población de un millón novecientas mil almas con corta diferencia.

Sobre estas bases hubo bastante conformidad; pero faltaba arreglar dos puntos de grande importancia, que eran la reducción del ejército austriaco y la contribución de guerra con que quería Napoleón se le indemnizasen los gastos de la campaña. La Prusia se había obligado en un tratado secreto á no tener más que cuarenta mil hombres sobre las armas y á pagar una enorme contribución, y Napoleón deseaba obligar también al Austria, no precisamente á reducir su ejército efectivo á cuarenta mil hombres, pero sí á disminuirlo mucho y á satisfacer una buena parte de los gastos de la guerra. Estos puntos sólo se habían tratado de viva voz, y nada sobre ellos se había escrito: tanto se interesaban en este debate el honor y el interés de Austria. Quería Napoleón que esta potencia se redujese para lo sucesivo á ciento cincuenta mil hombres, y que le pagase cien millones como liquidación de los doscientos millones de contribuciones de guerra, de que aún no había cobrado más que unos cincuenta. Consentían los dos negociadores en reducir el ejército austriaco á ciento cincuenta mil hombres, por no permitir al Austria el estado de su hacienda tener más; pero para esto mismo era preciso fijar un término, sin lo cual dicha reducción podía parecer un acto de vasallaje humillante. Para que no tuviese este carácter la referida condición, se convino en que el Austria no tendría que ceñirse á aquel número sino durante la guerra marítima, á fin de que la Inglaterra no tuviese aliados en el continente. Finalmente, al consentir Napoleón evacuar inmediata-

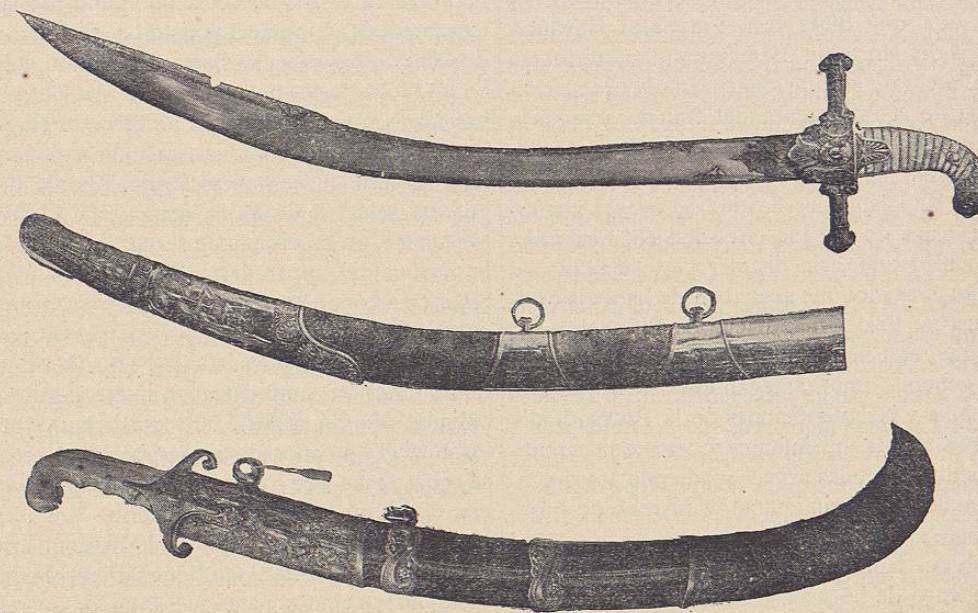
mente los países conquistados y dejar parte de las contribuciones sin satisfacer, pedía se le diese en un breve plazo cien millones; pero los austriacos no tenían autorización para ceder en este punto, y después de haber estado toda una noche discutiendo se separaron los negociadores sin convenirse. Sólo quedaron en que Mr. de Bubna iría á Dotis á zanjar las últimas dificultades.

Aunque al principio se había creído terminarlo todo en tres ó cuatro días, llegó el 6 de octubre y todavía estaban los negociadores disputando con el mapa en la mesa sobre contornos de territorios, sobre los súbditos que convenía dejar ó tomar y principalmente sobre los millones que Napoleón exigía. La contribución era el objeto principal de una dificultad al parecer insoluble. Por fin aquel mismo día (6 de octubre), cansado otra vez Napoleón de tantas dilaciones, dejó á Mr. de Champagny un ultimátum formal que excluía toda tergiversación. La estación era todavía propicia, había ciertas posiciones en la Estiria que deseaba examinar por un instinto que le impulsaba á estudiar por sus propios ojos los lugares á que podía conducirle la guerra en lo futuro, y resolvió visitarlos, contando con que á su regreso á Viena hallaría la guerra ó la paz decidida de una manera que no admitiese dudas. Su deseo actual, sin embargo, era intimidar más bien que romper, pues seguramente las diferencias que le separaban de los austriacos no le habrían hecho renovar la lid por mucho que ambicionase sacar adelante la contribución propuesta por la gran necesidad que tenía su hacienda de un auxilio inmediato.

Los dos negociadores austriacos acudieron con sus dudas á Dotis, y en aquel momento crítico hubo grandes perplejidades en el consejo del emperador Francisco antes de resignarse á sacrificios tan considerables. Perder en Italia la frontera de los Alpes, en Austria la del Inn, engrandecer con la cesión de la Galitzia el gran ducado de Varsovia, germen de una nueva Polonia, perder de este modo tres millones quinientos mil súbditos, pagar cien millones sobre los cincuenta ya satisfechos, y sufrir por último la humillación de no poder tener más ejército que el efectivo determinado, era un castigo asaz cruel. Abrióse consulta sobre si sería posible prometerse una nueva batalla de Essling, y principalmente algún auxilio de cualquiera de las potencias de Europa; pero los militares por una parte estaban todos conformes en la imposibilidad de continuar la resistencia, y por otra llegaban de todos los puntos de Europa noticias más alarmantes. España, á pesar de las baladronadas de sus generales, quedaba vencida, al menos por el pronto, de lo cual daban fe las cartas de sir Arturo Wellesley. Inglaterra acababa de perder en Walcheren la mitad de su más florido ejército, y aquella expedición había sido la manzana de la discordia para todos los partidos que en ella campeaban. Prusia temblaba por la imprudencia que había cometido el mayor Schill. Sólo Rusia estaba en pie, y al parecer poco satisfecha de la parte brillante que se había dado á los polacos en la última guerra y del acrecentamiento que iba á valerles su conducta; pero trabada por la alianza francesa, no pudiendo por una parte repetir ahora la transformación verificada en Tilsit en veinticuatro horas, y deudora á aquella alianza de la Finlandia que ya

poseía y de las provincias del Danubio que esperaba poseer, no podía abandonar á Napoleón por el emperador Francisco; y como por otra parte la continuación de la guerra había de ponerla forzosamente en el mayor embarazo, puesto que al romperse de nuevo las hostilidades tendría que romper con los franceses ó marchar con ellos, acababa de explicarse en Dotis de una manera categórica, declarando que si se prolongaba la guerra obraría resueltamente de concierto con Napoleón. Se explicó en estos términos para hacer concluir con más seguridad la contienda entre Francia y Austria; y lo logró en efecto, porque amilanado el emperador Francisco con aquel cúmulo de elementos contrarios, cedió

vos desastres. Su heroico valor le autorizaba suficientemente á inclinarse con franqueza á la paz. Para decirle, Napoleón le repitió que el presente tratado era un mero proyecto que se sometería á la ratificación de su soberano, y que de todos modos le quedaba á éste el recurso de negarla si no le convenían las condiciones estipuladas. Últimamente, el 14 de octubre por la mañana firmó el príncipe de Liechtenstein con Mr. de Champagny el tratado de paz, que llevó el nombre de tratado de Viena, cuarto que se había celebrado desde el año 1792, y destinado por desgracia nuestra á no durar más tiempo que los anteriores. La paz comprendía á todos los aliados de la Francia; el Austria cedía



1. — Alfánje de Murad-bei que llevaba Napoleón en la batalla del monte Tabor y que actualmente posee Mr. Macdonald  
2. — Alfánje que llevaba Napoleón durante la campaña de Egipto y que actualmente posee el príncipe Joaquín Murat

por fin, autorizando al príncipe de Liechtenstein y al general Bubna á consentir en los sacrificios propuestos, á excepción sin embargo de la indemnización reclamada, en cuya reducción se mandó á los dos negociadores seguir insistiendo por la esperanza que había de obtenerla. Lo más que se le autorizaba á otorgar eran cincuenta millones, en vez de los ciento que pedía Napoleón.

Abocáronse el 10 de octubre con Mr. de Champagny, y se mostraron muy apesarados por las exigencias del francés respecto de la contribución de la guerra, únicas que les estaba prohibido otorgar á causa del estado deplorable de la hacienda austriaca. Nada se dijeron los negociadores que pudiera sonar á amenaza de rompimiento, y emplearon los tres días siguientes en releer y revisar los artículos del tratado. Pero el 13 por la noche, poniendo en juego su natural ascendiente, obtuvo Napoleón de Bubna y de Liechtenstein la promesa de satisfacerle como contribución de guerra ochenta y cinco millones, sin contar lo que ya había pagado el Austria de los doscientos millones que se le impusieron al día siguiente de perder la batalla de Wagram. El príncipe Juan, que era el principal personaje de la corte de Austria, cargó con la responsabilidad de traspasar las instrucciones recibidas para salvar á su país de nue-

lo que acabamos de enumerar: en Italia el círculo de Villach, la Carniola, la orilla del Save hasta la frontera turca; en Baviera el Innviertel con una línea desde Efferding al país de Salzburgo; en Polonia la nueva Galitzia con el círculo de Zamosc para el gran ducado, y además los dos círculos de Solkiew y Zloczow para la Rusia. Los artículos secretos contenían la promesa de que el ejército austriaco no excedería de ciento cincuenta mil hombres mientras durase la guerra marítima, y la obligación de aprontar ochenta y cinco millones por saldo de lo que debían las provincias austriacas, de los cuales habían de entregarse treinta millones el día mismo de la evacuación de Viena. Para la ratificación de este tratado no se concedían más que seis días.

Firmado este doble tratado, mostróse sumamente satisfecho Napoleón, despidió á Bubna y á Liechtenstein colmándolos de agasajos, y al punto mandó anunciar la celebración de la paz con salvas de cañón: ardid ingenioso, con el cual, poniendo desde luego al pueblo de Viena, que tanto deseaba ver terminada la guerra, en posesión de la paz suspirada, se granjeaba su apoyo é imposibilitaba el que se negara la ratificación. Propuso Napoleón añadir á esta astucia otra todavía más ingeniosa y más difícil de frustrar, que era irse inmediatamente á París, dejando encomendados á Berthier todos